DERECHO, ESTRUCTURA SOCIAL Y ÉTICA MODERNA

Roberto P Aponte Toro

Introducción

Una de las más difíciles tareas que todo sistema jurídico enfrenta es la de asegurar que sus mecanismos de creación normativa, cuenten, a su vez, con la cooperación y aceptación de aquellos diseñados o disponibles para implantar, o hacer operacional esas normas, una vez aprobadas. En ocasiones, los que imaginan, articulan, o legislan reglas o normas, piensan que con la mera aprobación de éstas en las cámaras legislativas, y el imprimátur del gobernador o Primer Ejecutivo termina su gestión y se ha comenzado a corregir el asunto que requirió su atención. La realidad práctica, es mucho más complicada. Veamos.

Toda norma encaminada a atender una situación, usualmente contempla el uso de estímulos positivos o negativos, incentivos y prohibiciones, dirigidos éstos a actores sociales y agentes jurídicos. Cada uno de éstos trae incorporado dentro de sí un cúmulo de preferencias y valores. El espacio social que estos valores ocupan afecta, por el hecho de su mera presencia, la disponibilidad, distribución o incorporación de otros. Esos mandatos o estímulos de los que he hablado van dirigidos a agentes individuales o colectivos, así como a instituciones sociales.

La expresión de ese mandato particular implica una preferencia del valor que el mismo intenta expresar, por aquel organismo que legisla, o al menos, por quienes impulsaron la acción dentro del mismo. En ocasiones, el valor privilegiado puede resultar la expresión de un valor universal, en cuyo caso parecería no enfrentar mayores obstáculos en su implantación u operabilidad, a su vez, puede constituir un valor particularista de esa cultura, o uno animado por sectores amplios e influyentes que lo estimulan a nivel doméstico, regional y global, como valor deseable a alcanzar por sí solo, o como condición para llegar a un estado que se ve como preferido.

Deseo reconocer la ayuda que me brindara en la investigación de este trabajo el estudiante Ernesto Blanes, quien durante este año funge como mi ayudante de investigación.

En términos muy llanos y simples ese suele ser el tránsito, a veces unifocal, de los que postulamos el cambio social a través del derecho. Seleccionamos un valor que entendemos es correcto, lo promovemos, buscamos incorporarlo ungiéndolo de formas jurídicas y pretendemos que el mismo se imponga como norte de la sociedad en que opera. En ocasiones eso es posible, en otras, no lo es. A tratar de explicar esa última aseveración va dirigido este artículo.

La naturaleza de los valores sociales y las normas éticas

La realidad es que todo nuevo valor postulado, tendrá que entrar a competir con un tinglado de valores y compromisos psicológicos individuales preexistentes, que llamamos nuestra personalidad. La resistencia de esa construcción personal, pero a la vez producto de la contextualidad social, va a variar en función de la particular contextualidad cultural y de la solvencia o importancia que ésta le otorga al valor a sustituir o modificar. Comprender el significado de esto es importante en cualquier intento de llevar a cabo el cambio social a través del derecho.

Una misma sociedad podría, en teoría, ser perfectamente maleable ante unas categorías, y muy poco maleable ante otras variables. Peor aún, es muy probable que un valor de categoría universal, el que teóricamente no debía enfrentar gran resistencia, encuentre mucha oposición, porque en alguna forma, se percibe que afecta negativamente una expresión social del valor **solidaridad**, por ejemplo, que se ve como uno preferencial en ese contexto cultural particular.

Más aún, ese criterio de solidaridad puede esconder cargas poco transparentes y rara vez articuladas que, sin embargo, son percibidas o reconocidas en ese núcleo cultural, como muy importantes, o tal vez determinantes para la supervivencia social, particularmente en tiempo de crisis.

Hasta el momento, para algún lector parecería que no me decido a hablar en plata y que ando en parábolas. Creo, sin embargo, que es necesaria esta introducción para entrar al tema que he anunciado atenderé brevemente en este corto escrito. El asunto que deseo traer a la atención tiene que ver en algo con la estructura de nuestra sociedad y las implicaciones que representa la interacción de esta última y el momento del impacto de la normativa que afecta la conducta ética. Algunos estudios realizados por antropólogos, sociólogos y psicólogos dan la impresión de que existe evidencia empírica que sostendría la idea

de la existencia de unos valores que algunos llamarían de carácter universal (Rohan, 2000 258, Schwartz, 1992, 1994, 1996) El sentido de integridad personal u honestidad parece ser uno de esos valores El aparente amplio consenso sobre su existencia debiera llevarnos a pensar que el mismo podría imponerse a través de normas legisladas en cualquier instancia o medio ambiente, cuando una parte envuelta no demuestre cumplimiento estricto con esa obligación de ser honesto Parecería que el efecto de ese valor y la condena a su postergación serían inmediatos No obstante, nuestra observación diaria nos dice otra cosa ¿Qué razones hay para esto?

En realidad, prácticamente toda instancia en la implantación del mandato que intenta evaluar conducta anti-ética o corrupta, presenta un cuadro en que no está envuelto de forma exclusiva la operación de un valor preferido, y la ausencia de todo otro valor Si fuera ese el caso, el planteamiento ético resultaría sencillo y no parecería existir ningún conflicto moral envuelto En la realidad, en casi la totalidad de las situaciones reales, el conflicto moral se da cuando frente al mandato ético de una gestión gubernamental, bajo criterios objetivos y neutrales de decisión, otras exigencias sociales o culturales distintas, a veces no contempladas por el estatuto, están presentes, las cuales convierten el cumplimiento con los criterios de neutralidad, una gestión costosa o incómoda para el agente que toma decisiones Cuando hablo de costosa, me refiero a costos muy diversos Las más de las veces el costo no es económico, aunque puede terminar siéndolo En realidad me refiero más a la preocupación del actor de que su conducta le represente un alto costo social allí donde sea más significativa para él o ella

Creo que resulta necesario que los juristas, (junto a antropólogos, sociólogos y psicólogos) estudiemos de cerca nuestras sociedades para entenderlas mejor Tomemos un ejemplo ¿Estamos concientes en Puerto Rico del impacto que la sociedad externa tiene sobre un juez en nuestro país? ¿Cómo es distinta su situación a la de un juez norteamericano o alemán? Un juez puertorriqueño de 40 años, además de su núcleo central propio, tiene una familia inmediata de por lo menos cuatro miembros padre, madre y hermanos, sino cinco, padrastros y madrastras también, y dos o tres familiares adicionales, cuñados o cuñadas, unido a éstos toda la línea familiar extendida de ambos lados Cada una de estas personas carga con un entendido cultural de exigencias sobre lo que significa que el juez es su “familia” Si uno distribuye ese entramado por toda la geografía puertorriqueña, esto representa puntos de contacto externos desde cualquier región

del país Me pregunto, qué puertorriqueño no puede identificarse en algún momento con el reclamo de una madre ancianita que le pide a su hijo, como ruego y quizás mandato “tú no puedes hacerle eso a fulano de tal Cuando tu papá vino a estudiar a San Juan, se hospedaba en casa de su abuelo” El reclamo (la demanda) pudo venir por propia iniciativa, pero pudo ser producto de la intervención de alguno de los miembros ya mencionados o sus conocidos Lo que describo nos resulta tan común y hasta inocente, que estoy seguro muchos de nosotros no sabemos si es que hemos sido testigos presenciales de ello No vayamos lejos, recordemos en los textos bíblicos, en sociedades más simples y tal vez parecidas a la de algunos de nuestros pueblos, el ruego y la intervención de la esposa de Pilatos, cuando pide desesperada a su esposo la liberación de Cristo, o al menos, que su esposo se lavara las manos y no tuviese nada que ver con la decisión

¿Qué es lo que intento señalar? Trato de apuntar al tejido social particular donde la norma legislada impacta la vida cotidiana Mi argumento apunta, entre otras cosas, a que nuestras dificultades con el asunto de la conducta antiética, es que estas conductas no envuelven exclusivamente consideraciones de dinero o de pagos ilegales Reducir el problema al tema de los pagos de dinero constituiría una enorme simplificación del asunto A lo que me refiero es a que existen condiciones en nuestra estructura social que probablemente faciliten y hasta estimulen en ocasiones, la no-utilización por agentes de criterios neutrales La explicación para ello descansa en el reconocimiento de la existencia de otras normas y valores que en ocasiones prevalecen sobre las formales o externas Más aún, que en ocasiones, esos son los valores decisivos para nuestra existencia social, o al menos así lo entienden esos agentes sociales

Para lograr poner en perspectiva la potencia de este fenómeno es necesario reconocer la existencia y convivencia en una misma sociedad de valores y consensos provenientes de vertientes intergeneracionales, o interclasistas, que en ocasiones reflejan impactos y mandatos disímiles Las experiencias históricas que marcaron la estructura de valores de algunos grupos y que son todavía influyentes en Puerto Rico, surgen en momentos en que la estructura social predominante descansaba en una cultura jerárquica, con elementos feudalizantes, productos éstos de los patrones de convivencia en sociedades agrícolas, en que se reconocían naturalmente, una serie de privilegios tradicionales, o se validaban concepciones muy particulares de lo que era el “respeto” o el “honor” Voy aún más allá, no me resultaría extraño

que en Puerto Rico hubiesen subsistido en algunos modos sociales una “weltanschauung” (visión de mundo) producto de la visión colectivista de las tribus indígenas originarias nuestras, donde la solidaridad hacia la comunidad y sus antecesores se imponía por sobre toda otra consideración¹ Es de notar, que en éstas instancias, requerir a los agentes sociales mayor lealtad hacia el nuevo centro del estado, que a la tribu, o la comunidad campesina, para algunos podría resultar algo poco racional y, hasta cierto punto, poco eficiente

Lo que resulta aún de mayor importancia, el Puerto Rico que se forma durante el siglo XIX y que crea la sociedad con que interactúan las normas modernizantes, algunas procedentes de Norteamérica en el 1900, es uno con débiles mecanismos institucionales formales de apoyo social, que no fuera el producido por la Iglesia y la caridad social, (o tal vez la masonería), en donde habría que salvarse a través del núcleo familiar, que a su vez en muchos sectores vivía atado dependientemente al sustento del hacendado² La solidaridad del uno con el otro, pero en una clara situación de subordinación, es lo que salvaría a cada uno del desastre Juntos, aunque desiguales, en cierto modo como parte del cuerpo de la Iglesia Todo esto se ve enmarcado en una sociología que en sus formas descansaba en la ideología del “honor” y el “respeto”, pero que en buena medida denotaba cuan huecas resultaban las bases de ese formalismo retórico, si descansábamos en las estadísticas de amancebamiento, hijos en relaciones ilícitas, y la carga particular de los hogares dirigidos por mujeres³ Un pueblo llanamente pobre, aún con la esperanza de salvarse para el próximo mundo

La modernización de Puerto Rico, que viene acompañada de los reclamos de aprobación de unos valores racionales universales, algo alejados del corporatismo establecido en el país por la ideología de la Iglesia en el período español, intenta romper con esos esquemas a través de la escuela, las reformas de salud, las nuevas iglesias y el pensamiento liberal del gobierno⁴ Esta inmersión se da desde muchos ámbitos, evadiendo así en ocasiones la influencia defensiva del corporatismo La modernización aquí descrita requirió una transformación del régimen urbano y de vecindades, un movimiento hacia la industrialización, un despegue en la mujer (a medias) como centro del hogar, a veces sin crear instituciones sustitutas, una ideología basada en la idea de que el individuo es capaz de escalar las cimas mayores, y que lo que uno se imponía como meta era posible

A cada uno de esos pasos tuvo que acomodarse y adaptarse la fibra social preexistente. Múltiples capas o arreglos funcionales, productos de esos acomodados o diálogos sociales, parecen así construir lo que hoy llamamos la sociedad puertorriqueña. La mayor parte de ellos recogen complejas combinaciones, reflejo de una gran diversidad de origen y producto de períodos sociales disímiles. Uno de los constituyentes de esos estados sociales lo han sido las instituciones o normas jurídicas que, introducidas desde afuera, o productos de nuestros cuerpos legislativos, han interactuado con esos materiales sociales primarios. La llegada de una, en ocasiones desplaza otras. En ocasiones no sucede así, y subsisten ambas como potenciales componentes de un nuevo orden. La cultura, como la raza, a veces “traiciona” al que trata de escapar de ella. Cuando parece que el gen ha desaparecido, de momento “requinta” una generación más tarde. Los genes y la cultura pueden ser tan resistentes como las cucarachas en el devenir de la humanidad.

Es necesario reconocer así la preexistencia de lealtades sociales y de exigencias a miembros de la unidad social que aún subsisten, a pesar de que la condición que le dio origen desapareció, pero que aún así en ocasiones son reconocidas como útiles por una buena parte de la población. Es posible que unos grupos sociales y unos cohortes generacionales se sientan menos atados que otros a todas esas exigencias de origen grupal o corporativo. Dicho esto, no pretendo negar la existencia en ese entorno de visiones modernistas, atadas a concepciones filosóficas racionalistas, y en tiempos más modernos influenciados por el espíritu neoliberal en lo económico, que a su vez adelanta los valores de la individualidad, la agresividad y la superación de todo tipo de riesgo, visto en esa visión sólo como retos. De ese marco se puede apuntar al uso por estos sectores de criterios de eficacia, para los cuales algunos valores tradicionales guardan implicaciones de ineficiencia funcional, que deben ser superados. Todo esto es incorporado dentro de un *ethos* del Estado de Derecho.

Resulta interesante observar a nuestra sociedad atender el tema de los desastres naturales. Nunca parece notarse en ella tan presente el elemento comunitario como al atender desastres, particularmente los naturales. La presencia de acciones heroicas, la voluntad de compartir vivienda o recursos, presente, claro está, más en unos sectores que en otros, el reconocimiento de la gestión familiar extendida, todo parece apuntar al reestablecimiento del sustrato corporativo o tradicional. De otro lado, la organización

del trabajo para la recuperación, la burocracia gubernamental, el racionalismo institucional de FEMA, todo garantiza la otra presencia, la de la racionalidad burocrática del estado moderno y sus mecanismos de integración de los sectores marginados

A su lado, observamos la intervención marginal, pero aún así presente del apetito “antiético” que puede constituir una marginalización de la estructura racionalizada, con la intención de atender, con preferencia, aquellos grupos de su íntima estructura comunitaria o corporativa. Esto se realiza con o sin interés económico personal, ya sea como parte o trazos del folklore costumbrista tradicional, aún viable, del caudillismo, o por mero interés, de apropiación personal, unos dirían producto del hambre adquisitiva del pensamiento neoliberal. Tal vez, son estos últimos ejemplo de aquellos valores que se apropiaron o fueron impactados por una parte del pensamiento liberal, pero que no necesariamente incorporaron su alter ego ético o moral.⁵

Valores, personalidad y el entrelaje social

Hemos pretendido, en términos breves y sencillos, describir cómo, en el contexto de la legislación y el funcionamiento institucional de una serie de mecanismos dirigidos a combatir la conducta antiética y a estimular la conducta ética, estos interactúan con el material social que le provee Puerto Rico.⁶ El propósito no es negar todo potencial correctivo y transformador a las acciones de los cuerpos legislativos, ni del ejecutivo, ni mucho menos el poder judicial. Lo que intento es problematizar la dinámica entre corrientes y estructuras sociales, instituciones e individuos.

Para evitar la frustración de unas expectativas exageradas en cuanto a lo que con el derecho se puede lograr, es imprescindible comprender cómo éste actúa para lograr efectividad. Aún más que eso, es preciso comenzar a establecer límites conceptuales y definiciones precisas. Como vemos, una buena parte del texto que precede descansa en el uso de un concepto, muy utilizado hoy día, pero que puede dar lugar a múltiples acepciones. Me refiero al concepto valor. La forma frecuente en que relacionamos al concepto valor, con el término moral y con la ética, no nos sorprenderá. La definición clara o el deslinde semántico de cada uno de éstos, sin que por ello nos convirtamos en puristas o formalistas, constituyen un elemento fundamental para quienes les toca administrar los límites del ámbito de la ética. Sobre todo, es necesario que podamos definir claramente lo que es un valor. Tal definición, como veremos, resulta escurridiza.

En un excelente artículo, la psicóloga Meg J Rohan decía que como el personaje de Humpty Dumpty en *Alicia en el País de las Maravillas*, en el mundo de las ciencias sociales los académicos tratan de otorgarle al concepto “valor” el significado que escogen darle, a base de su conveniencia (Rohan, 2000 255) En efecto, algunas definiciones, señalo yo, son establecidas por especialistas como instrumento de control de la información o el conocimiento en la práctica, evitando así que el ciudadano común “entienda” o “conozca” aquello de lo que se habla Esto lleva a abusos y mal uso del concepto Rohan señala lo trágico de esta práctica ya que como han señalado personas como Gordon Allport, las prioridades en cuanto a valores en la población son “la fuerza dominante en la vida (Allport, 1961 543)”

Como señala Rohan, la palabra valor, cuando se usa como verbo, es decir, “valorar” implica el sentir de que una cosa, persona o entidad, genera sentimientos positivos (Rohan, 2000 256) Existe, además, una relación entre ese juicio y el esquema de prioridades, de la persona o individuo que hace tal valorización En realidad, cuando usamos el término en ese sentido estamos hablando sobre lo que creemos sería o no deseable, de todos los estímulos que nos rodean El “valor” lo otorga quien lo evalúa y curiosamente a base de sus propias prioridades, pero una vez llegamos a la conciencia de la existencia de una estructura cognoscitiva donde se acumule esa experiencia evaluativa, esa percepción estructural que describimos puede constituir un valor o un sistema de valores, una forma de organizar la experiencia pasada que nos sirve, a su vez, para ignorar estímulos o asuntos analíticamente en el futuro En efecto, esas prioridades valorativas de los individuos servirán para determinar sus creencias y actitudes De hecho, se ha dicho por Feather, luego del análisis de muchos estudios, que esos sistemas son cadenas asociativas atadas al sistema afectivo (Feather, 1971, 1980, 1999, Rohan, 2000 257)

¿Cuál es entonces la importancia de lo que he tratado de describir en los últimos párrafos en el contexto de los intentos de cambio? Muy grande El mensaje hacia los que promueven cambios es que para que un funcionario decida adoptar un nuevo valor, éste debe entender que la nueva conducta que se promueve debe resultar en afectividad positiva o, al menos, en afectividad negativa reducida (Rohan, 2000 257) Esta última puede esconderse bajo un aparente valor que el individuo afectado cualifica como uno prioritario De lo que se trata es que cada valor puede conllevar unas asociaciones y niveles de diferenciación La confirmación o deconfirmación de éstos, desde el exterior del

individuo, puede terminar estimulando, alterando o haciendo desaparecer el valor, o mejor dicho, la superioridad jerárquica del mismo. Ahora bien, es necesario además, reconocer que la estructura del sistema de valores humanos es universal, aunque las prioridades o la importancia relativa de éstos, varían. Estas últimas diferencias establecen configuraciones distintas en cuanto a actitudes y conducta (sentimientos) según se expresa al momento de su impacto social.

A su vez, esa forma de estructuración nos conduce a la idea de unos prototipos de valores, es decir a una forma de entender el medio que nos rodea a base de configuraciones de características que se comparan con un prototipo. Según Rohan, a finales de los años 80 Schwartz y Bilsky desarrollaron una teoría sobre la estructura del sistema de valores, la cual descansaba en el motivo que daba origen a cada valor (Rohan, 2000), (Schwartz and Bilsky, 1987, 1990). De acuerdo a ellos, dos dimensiones de motivos (problemas humanos) intentaban resolverse a través del mecanismo de los valores (apertura al cambio – conservación y auto-crecimiento y auto-trascendencia). La primera dimensión atiende para los individuos el conflicto entre seguir sus intereses emocionales e intelectuales en forma imprevista e incierta, o el “status quo” y la certeza que éstos proveen, en sus relaciones cercanas con otras instituciones y tradiciones. La última dimensión, la de auto-crecimiento – auto-trascendencia, atiende a la preocupación sobre las consecuencias de nuestras acciones y las de los demás sobre nuestra persona, y las consecuencias de ambas cuando las miramos en el contexto social. En ese modelo del que hablamos, los siguientes diez tipos de valores se organizaban sobre esas dos dimensiones:

- a poder
- b logros (achievement)
- c hedonismo
- d estimulación
- e auto-dirección
- f universalismo
- g benevolencia
- h conformidad
- i tradición
- j seguridad

Schwartz planteaba además que esas prioridades en valores surgían con respecto a tres requisitos que él destacaba como universales para la existencia humana: las necesidades biológicas,

la necesidad de la interacción social coordinada y las demandas para la supervivencia y el funcionamiento del grupo (Schwartz, 1996) Es interesante que para Schwartz los tres son importantes para sobrevivir, de ahí, su universalidad

A la luz de lo ya expresado, resulta evidente, que una de las más importantes tareas que tienen ante sí los individuos es la de relativizar unos valores sobre otros En efecto, esto es parte de la estructura del sistema de valores Al hacerlo, nos referimos pues, a ese fenómeno que conocemos como la priorización de valores (Schwartz, 1996, Rohan, 2000 262)

La importancia del significado de estos hallazgos para nuestra discusión es evidente Entre otras cosas debemos preguntarnos, estas prioridades ¿definen lo deseable, lo que la gente debe hacer? (Braithwaite y Scott, 1991 551) o ¿se trata en realidad de una expresión de lo deseado, lo que quieren hacer? En efecto, estas prioridades parecen referirse a lo que los seres humanos deben hacer para poder sobrevivir, pero constituyen algo más Como señala Rohan (2000 263), en ocasiones se responde con lealtad a un valor, aunque hacerlo nos ponga en peligro y pongamos en riesgo el elemento de supervivencia Esta referencia nos indica que estas prioridades pueden proveer los principios necesarios para una vida ética o moral, o sea, para lo que clasificamos como “bueno” Ahora bien, ¿no es lo bueno aquello que deseamos? En efecto, las prioridades parecen constituir evidencia de nuestro juicio sobre la capacidad de las entidades de proveer la mejor vida posible (Rohan, 2000 264)

Como comprenderá el lector, apenas comenzamos a tocar terreno fértil de investigación en el área que nos impusimos originalmente En efecto, intentar recoger en estas cortas líneas toda una acumulación de importantes estudios sobre la conducta humana y social, resulta presuntuoso

Baste para nuestros limitados propósitos señalar la importancia de cómo los sistemas de valores individuales y los sistemas de valores sociales (este último reflejando cómo unos perciben las prioridades de valores de otros grupos), existen e interactúan en nuestro medio ambiente Es ese el contexto en que debemos llevar a cabo las reflexiones a las que hago alusión en la primera parte de nuestro artículo Es necesario, además, pensar en la forma en que yo, como ciudadano, en el contexto de mis valores prioritarios y del esquema personal, interactúo, ante lo que entiendo es el sistema de valores sociales dominante en mi ambiente Es ese el escenario decisivo Como ha señalado Allport (Allport, 1955), el proceso de reconciliar los dos modos de

construir los valores de la persona, el “tribal” y el “personal” es uno que toma toda la vida. Es en él, y dependiendo de si mi estructura se organiza hacia preferencias tradicionales, hedonistas, universales o en la búsqueda de seguridad, como se expresará mi actitud ante nuevos valores, particularmente si estamos hablando de un nuevo sistema de valores sociales que se intentan incorporar, algunos de éstos con reclamos de universalismo.

Es así como podrán definirse, más claramente, nuestras reacciones ante las normativas sobre conducta antiética que se incorporan. No hay duda de que la existencia institucional de la Oficina de Ética, su capacidad de ejecución, establece en nuestro medio un importante elemento que hace sólo décadas era inexistente. La ambición, sin embargo, es que poco a poco esas normas puedan convertirse para muchos en prioritarias, elemento de la lealtad que el grupo social requiere, parte de la meta de autodirección, o un estímulo y componente de la seguridad y certeza que nuestra sociedad necesita. Para lograr esto hay que generar estímulos de afectividad positiva ante las mismas. Desde luego, no debe quedar duda, la gente puede cambiar su visión sobre el mundo. El conductismo aquí puede ser relevante. Si conseguimos que alguien comience a comportarse en cierta forma durante el tiempo suficiente, es posible que haya ese cambio. Aronson (1995), nos dijo “las formas estatales pueden cambiar los mores”.

Mientras tanto, bolsillos humanos, sino grupos sociales completos, las continuarán viendo como elementos contrarios a los valores predicados en la benevolencia, la tradición, el hedonismo y muchas veces en el poder, unos que muy bien podrían ser prioritarios en su ambiente.

Conclusión

En otra ocasión espero poder entrar a discutir este importante tema con mayor detenimiento y profundidad. Para todo aquel preocupado con la conducta de nuestros ciudadanos, sobre todo, la de aquellos que ostentan autoridad pública, el continuo reexamen orientado a determinar nuestras condiciones y alternativas para el desarrollo individual, social y organizacional, resulta imprescindible.⁷

Se ha dicho de Sócrates, que en medio de su defensa entre los que lo juzgaban señaló “Una vida sin este tipo de examen no vale la pena vivirla”. El filósofo canadiense John Ralston Saul nos apunta al considerar esas palabras, que Sócrates “se refería al auto

examen constante que la filosofía pública envuelve” “Y la filosofía es un asunto de debate público o no representa nada” Estos breves comentarios son una invitación a ese debate, uno que pretendo provocar, aunque no necesariamente protagonizar, ya que no soy especialista en este campo Cuando más, acaso soy un aficionado Un aficionado, sin embargo, que en ocasiones ante lo que observa, vive en el temor de que la especialidad de su campo profesional, sea apenas otra ilusión de nuestros tiempos, en vez de un instrumento efectivo de construcción social

NOTAS

¹ La literatura antropológica en Puerto Rico sobre ese período no es abundante Aún así encontramos algunas referencias en el tránsito hacia lo que se considera el momento de formación del puertorriqueño Después de todo, es parte de la referencia histórica a nuestros orígenes, el reconocimiento de que por relativamente largo plazo se trasladaban a Puerto Rico españoles varones solos Ante esa situación, es evidente que el amancebamiento con féminas de la población indígena fue más que tolerado La responsabilidad sobre la crianza de los niños era de la mujer en la cultura matricéntrica de nuestros indígenas Cómo contribuye esa realidad a la cosmovisión de esas primeras generaciones que poco a poco se criollizarían, y mucho más a la llegada del africano, es algo sobre lo que pensar

² Un hacendado que, por cierto, entrada la llegada norteamericana siente una creciente inestabilidad en su alrededor al tenerse que enfrentar económica, filosófica y culturalmente a unas nuevas fuerzas que estremecen su mundo conocido

³ De acuerdo a Helen Safa, (Safa, 2003) a la llegada norteamericana más del 50% de los nacimientos en Puerto Rico estaban constituidos por relaciones “ilegítimas”, producto de uniones consensuales, relaciones monogámicas repetidas y hogares dirigidos por mujeres Nos señala Safa citando a Finlay (1999: 112), que para 1890 más de una cuarta parte de las familias urbanas eran encabezadas por mujeres y 65% de las mujeres en edad reproductiva vivían en uniones consensuales

⁴ Safa también señala como otra de las medidas de importancia, aunque con poco efecto real a corto plazo, la introducción del matrimonio civil y del divorcio Me parece que, eventualmente, cuando la legalización o formalización de la relación adquiere el carácter de requerimiento burocrático para la obtención de ciertos beneficios sociales, ese patrón cambia, al menos formalmente

⁵ Esta parte de la reflexión no creo que sea original mía Creo recordar haber leído un análisis similar previo, pero pese a los esfuerzos realizados, no he podido dar con la cita

⁶ Mi intención no es negar la importancia de los avances legislativos e institucionales que se han dado en Puerto Rico en las últimas décadas El Estudio Sobre el Servicio Público, promovido por la Oficina de Ética (2003), refleja según Stuart C. Gilman, resultados similares a otros realizados en otras jurisdicciones En este sentido, de acuerdo a Gilman, Puerto Rico, no exhibe peores índices que otras jurisdicciones estudiadas por su institución No

obstante, una mirada rápida a la estadística sobre los que en efecto contestaron los cuestionarios, me deja todavía la impresión, de que debemos estar preocupados con aquellos que ni siquiera contestaron el cuestionario. El compromiso hacia los valores éticos de los que sí participan es, claro está, menos preocupante. Éstos parecen haber incorporado más los valores sobre conducta ética. Aún así, su comentario no me parece una real contestación al por qué más de tres cuartas partes de los potenciales entrevistados, no enviaron sus respuestas y que, por otro lado, entre los que sí lo hicieron una buena parte admitan haber sido testigos presenciales de conducta antiética. El hecho de que estos números sean similares a los de otras jurisdicciones desarrolladas, no me parece que de por sí ofrezca una respuesta adecuada a la interrogante: ¿Por qué el silencio del resto?

⁷ En un discurso a la Escuela de Derecho de Dedman el año pasado, el Ministro de Justicia de Bahrain Jawad Salim Al-Arayed señalaba a la Facultad: "Cuando consideren el cambio ustedes tienen que estar conscientes de los fundamentos. Ustedes cuentan con una expresión americana 'No boten el bebé con la tina'. Según evaluemos las reformas, debemos permanecer íntimamente conscientes de lo que constituye el centro o esencia de nuestro sistema o sociedad. Debemos asegurarnos de que identifiquemos esos elementos esenciales de nuestras instituciones sobre los que queremos construir. *Es el alma de nuestra sociedad* la que nos hace lo que somos y nos permite aterrizar. Debemos identificar claramente esa base, así como aquellas partes que no nos son intrínsecas — si es que nuestro edificio va a perdurar".

Esa frase de "el alma de nuestra sociedad" no es original del Ministro Al-Arayed. Se origina en el Espíritu de las Leyes, cuando Montesquieu nos dice: "No es el cuerpo de las leyes lo que busco, sino su alma". Esa preocupación presente a través de siglos, nos lleva recientemente en las discusiones de la integración europea a que Pierre Legrand (1996: 52) nos advierta que debemos seguir a Levi-Strauss y abrazar los hábitos y costumbres de la cultura, sus verdaderas bases epistemológicas, para descubrir así la estructura cognoscitiva subyacente al sistema legal (Douglas 2002: 338-339). Yo añado, sólo entendiendo esto lograremos un cambio duradero.

REFERENCIAS

- Al-Arayed, J S. 2004. *International Lawyer*. Address to Dedman School of Law, Southern Methodist University, October 38: 887-890.
- Allport, G W. 1955. *Becoming: Basic consideration for a psychology of personality*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Allport, G W. 1961. *Pattern and growth in personality*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Aronson, E. 1995. *The social animal*, New York: Freeman.
- Braithwaite, V A & Scott, W A. 1991. "Values". En J P Robinson, P R Shaver, & L S Wrightsman, eds., *Measures of personality and social psychological attitudes*, 661-753. New York: Academic.
- Douglas-Scott, S. 2002. *Constitutional Law of the European Union*, 338-339.
- Feather, W T. 1999. *Values, achievement and justice: Studies in the psychology of deservingness*. New York: Kluwer Academic/Pleurem Publishers.
- Feather, N T. 1980. "Values in adolescence". En J Adelson, ed., *Handbook of adolescent psychology*, 247-299. New York: Wiley.

- Feather, N T 1971 "Organization and discrepancy in cognoscitive structures" *Psychological Review*, 78 355-379
- Gilman, Stuart C 2004 "Taking Ethics Seriously Puerto Rico in a Global Context" *Ethos Gubernamental II* 459-465
- Legrand, P 1996 "European Legal Systems are not converging" *ICLQ*, 71
- Rohan, M 2000 "A Rose by Any Name? The Values Construct" *Personality and Social Psychology Review*, 4-5 255-277, Lawrence Erlbaum Associates, Inc
- Safa, H 2003 "Changing forms of U S Hegemony in Puerto Rico The impact of the family and sexuality" *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development*, Spring, Vol 32 34
- Schwartz, S H 1992 "Universals in the context and structure of values Theoretical advances and empirical tests in 20 countries" In M D Zoren ed , *Advances in Experimental Social Psychology*, Vol 24 1-65 San Diego Academic
- Schwartz, S H 1994 "Are there universal aspects in the structure and context of human values?" *Journal of Social Issues*, 50 19-45
- Schwartz, S H 1996 "Value priorities and behavior applying a theory of integrated value systems" In C Selyman, J M , Olson & M P Zonna eds , *The Ontario symposium The psychology of values*, 8 1-24, Mahwa New Jersey Lawrence Erlbaum Associate, Inc
- Schwartz, S H & Belsky, W 1987 "Toward a psychological structure of human values" *Journal of Personality and Social Psychology*, 53 550-562
- Schwartz, S H & Belsky, W 1990 "Toward a psychological structure of human values Extensions and cross-cultural replications" *Journal of Personality and Social Psychology*, 58 878-891
- Saul, J R 1997 *The unconscious Civilization*, Chap 2 956
- Valdés- Pizzini, M 2001 "Dialogía y ruptura la tradición etnográfica en la antropología aplicada en Puerto Rico" *The Journal of Latin American Anthropology*, 6 (2) 42-73

DATOS BIOGRÁFICOS DEL AUTOR

Roberto Aponte Toro obtuvo un Bachillerato en Ciencias Políticas en el Recinto Universitario de Mayaguez en el 1966 De 1966 a 1969 estudió Derecho en la Universidad de Puerto Rico Fue admitido al ejercicio de la abogacía en el 1970 En el año 1971 fue reclutado como Director de Investigaciones del Puerto Rico Research and Resources Center de Washington, DC En el año 1975 ocupó un puesto como Representante a la Cámara En el 1980 se le nombra Director de la Unidad de Desarrollo Económico de Servicios Legales de Puerto Rico En el 1984 trabajó en Boston, Massachussetts como Director de la División de Opciones de Política Pública en el Departamento de Bienestar Público del Estado Entre el año 1985 al 1994 obtiene una maestría y doctorado en Derecho de la Universidad de Harvard En el 1987 comienza a enseñar en la Escuela de Derecho de la UPR y durante dos años es Decano de Estudiantes de dicha institución Hoy es Catedrático en dicha escuela El profesor Aponte ha dictado conferencias u ofrecido cursos en Estados Unidos, Chile, Bolivia, Colombia, República Dominicana, Venezuela, México, Hong Kong, Barcelona y Canadá Ha publicado, además, en importantes revistas jurídicas de

Colombia, Argentina y Estados Unidos En la actualidad forma parte de la Comisión de Educación Jurídica Continua que fuera establecida por el Tribunal Supremo de Puerto Rico